

# Una tirada de cartas en mi estado de distancia

**Claudia Arcila Rojas**

La experiencia de este tiempo de distancia ha logrado tejerse como una memoria de la escritura que viene con imágenes lejanas de mi infancia; otras presencias liberadas de la prisión de mi inconsciente donde reposan risas y llantos que se habían silenciado como la melodía de un cofre roto. La bailarina de mis recuerdos, cual hada emancipada de las páginas de un cuento, ha vuelto con su danza de palabras interpretando esa música esperanzadora entre imágenes viejas y sabias; símbolos y arcanos que solo pueden ser recibidos en retorno a la intimidad de nuestro niño cautivo entre las redes del pasado. Este tiempo, con su llamado al aislamiento, ha significado pensar y proteger la vida en una alianza con los recuerdos que he logrado perseguir retrocediendo a mis espacios y juegos infantiles, pero también recorriendo las páginas literarias que me han revelado espacios maravillosos en los que me he podido sentir nombrada.

Todo este trayecto de remembranzas es vívido en mi presente. Recuerdo claramente mis complicidades con el subterráneo de una casa vieja y grande que fue el espacio de mis primeros años de vida. Éramos cómplices de la terrenalidad que supone una fracción de tierra abandonada por la idea de la luminosidad del cielo; cómplices de lo bello y lo siniestro (Trías, 2006) que silenciosamente habitan en la humedad y en la penumbra. En ese espacio frío, oscuro y silencioso fui una intrusa encendiendo velas, linternas, poniendo mi voz y mis gritos. De alguna manera, le compartí la tibieza de mi inocencia y mi asombro de exploradora en esos pequeños montículos de tierra que grabaron mis huellas y recibieron una y otra vez mis pasos reiterativos en la búsqueda de algo que hoy comprendo como misterio.

Y es en ese misterio que mi presente palpita y encuentra las coincidencias estéticas con aquel espacio que bien podría ser hoy lo que define mi experiencia, con el extraño tiempo de ensimismamiento que ha supuesto un abrazo con la soledad en diálogo con los rostros de mis miedos. La voz casi audible y la silueta en humaradas de sombras que traen la certeza de la muerte y, con ella, «la gloria de haber visto, menos que un instante, el rostro inaccesible, en el momento mismo en que se volvía y penetraba en la noche: himno a la claridad sin lugar y sin nombre» (Foucault, 1997, p. 29). Estar con la muerte para sostener la vida; retornar a ese frío subterráneo en el himno a la luz que se oculta en la oscuridad y en la incertidumbre de su ubicación y su identidad.

Volver para renacer en el acto de voluntad más amoroso de unión con mis otredades. Ser testigo de este tiempo de muerte ha sido el esfuerzo colectivo para lograr ser testimonio de lo vivido. En este sentido, el reencuentro con el texto de Neruda, *Confieso que he vivido I*, representó para mí un bello testamento del compromiso vital; un recuento donde la poesía, llevada en el fluir de la prosa, me condujo a coincidir con la memoria del subterráneo y con el significado que atraviesa mi presente. Confesaba Neruda, en medio de sus recuerdos colegiales, que «el sitio de mayor fascinación era el subterráneo. Había allí un silencio y una oscuridad muy grandes. [...] Todavía conservo en la memoria el olor a humedad, a sitio escondido, a tumba, que emanaba del subterráneo del liceo Temuco» (1985, p. 14).

Llegar a esta página significó unir dos momentos muy importantes de mi existencia: la infancia, en ese túnel rocoso que atravesaba para llegar a la profundidad del subterráneo, donde la oscuridad me abrazaba con una fascinación que desafiaba mi entendimiento; y el presente, en otro túnel de incertidumbre, donde el subterráneo me devuelve el frío, la oscuridad y la humedad de un tiempo fúnebre. Todo esto me actualiza el misterio, que es también el desafío al esfuerzo de la razón por intentar comprender o explicar lo que está pasando.

Todo ha sido confuso, versátil. Las mismas palabras son tímidos murmullos atreviéndose a sospechar, o a evocar, un afuera desprovisto del control y el castigo de lo que parece desbordarme. El mismo Neruda, recordando los nombres araucanos que le devolvían la sensación de «algo delicioso», me otorgó las imágenes de esa relación fonética que me sumerge en la placidez de ese afuera, al margen de la geografía normativa: «miel escondida, lagunas o ríos cerca de un bosque, o monte con apellido de pájaro» (1985, p. 18).

En estos recuerdos, que se traducen como un significado del sentir en este presente, me doy cuenta de que «La vida y los libros poco a poco me van dejando entrever misterios abrumadores» (Neruda, 1985, p. 23), que me van posibilitando otros caminos y otras presencias que traen arquetipos con su propio enigma. La epístola de la torre fue la página donde la historia de *Alicia en el país de las maravillas* (2016) me comunicó el vértigo de una caída donde la oscuridad del alma transita en un mundo invertido.

La corona de la torre ha sido derrumbada por un rayo, cuyas ondas de choque generan un prolongado y perturbador trueno. Un hoyo profundo es ahora el espacio de un movimiento adverso en el cual el tiempo, tanto el cronológico como el kairológico, parece ingresar a un confinamiento desconocido, y con él todas nuestras memorias, pensamientos, ilusiones y expectativas. El deslizamiento por este subterráneo aproxima al silencio y a la oscuridad de lo desconocido; al descubrimiento de un espacio escondido, cuyas imágenes deambulan hacia el sarcófago de un sueño donde habita la

incertidumbre y el terror ante un posible entierro prematuro (Poe, 1977). Un espacio donde el alma se encuentra extraviada mientras intenta encontrar la ruta de las ideas; el camino que libera de las sombras y fantasmas donde estamos encadenados a las luces de neón y a las apariencias. La torre a la intemperie frente a la tormenta es atravesada por el rayo que, después de la destrucción, trae la calma. En esa torre Alicia es visitada por el aparecer, desvanecer y desaparecer del gato sonriente; otra especie de sombra donde la luz de la sonrisa es también la ironía de un pensamiento paradójico. Y, sin duda, resulta muy paradójico que la torre se me anunciara en esa sensación abismal que el tiempo de la distancia propone como experiencia límite y, por tanto, como cercanía a la muerte. Llegar a ese castillo de naipes donde la reina, la portadora de la corona, está dispuesta a sacrificar nuestra cabeza; a cancelar nuestra relación con la respiración, la contemplación y la meditación: acciones que nos acercan a la oración vital, lindando con la agonía; con el colapso invitando al tiempo otoñal, que desnuda los árboles y pone al descubierto los bosques, sus caminos y atajos por donde «cada uno de sus follajes, lineal, encrespado, ramoso, lanceolado, tiene un estilo diferente, como cortado por una tijera de movimientos infinitos» (Neruda, 1985, p. 9). Tiempo para podar en el viaje, en un camino acordonado por la dualidad de la esperanza y la melancolía.

Ahora bien, para poder cimentar es inminente demoler, aceptar la página de la muerte que, de entrada, nos imprime en la memoria la imagen de una calavera portando una hoz que corta la hierba y despoja de su cabeza tanto a niños como a reyes; «la mirada abierta de la muerte» (Foucault, 1997, p. 29); el terrible magnetismo de una presencia innombrable e inesquivable que, contraria a su representación en el encorvamiento óseo de lo que habría sido un cuerpo humano, lo que nos ofrece es la esbelta y enigmática figura del vampiro con sus espadas dentales. La epístola donde Drácula (2018), justamente en la intimidad de un castillo y en su laberíntica arquitectura de pasillos y escaleras, está negado para reflejarse en los espejos y para deleitarse en las luces del amanecer y del atardecer. Su morada es la noche y, como tal, el reino de los espectros que hacen irreconocible el sendero de la claridad hacia la memoria del alma. La muerte está antecedida por la torre que nos convoca a ser discípulos del silencio y del ocaso; aprendices crepusculares en la más extraña experiencia de comprender los mensajes que trascienden la racionalidad *homo sapiens*: «Para aprender hay que escuchar, y para escuchar hay que callar. El entendimiento y la memoria o la imaginación deben callarse si quieren aprender, es decir, recibir una revelación de lo alto» (Anónimo, 2010, p. 405).

El mensaje de este tiempo, me insiste en morir al presente para renacer en el pasado de ese niño desprovisto de los imaginarios de prevención, acusación y sentencia. Es recordar y despertar; superar la muerte en el olvido y en el sueño; entrar a la vigilia en un verbo creador donde la noche es el recinto para que la luz emerja con la fuerza de

la belleza, la verdad y la bondad; pero también la oscuridad como experiencia predilecta del misterio que me posee y me dicta una instrucción que no puede ser desatendida:

El cielo me deslumbró. Todo el cielo vivía poblado por una multitud pululante de estrellas. La noche estaba recién lavada y las estrellas antárticas se desplegaban sobre mi cabeza. Me embargó una embriaguez de estrellas, celeste, cósmica. Corrí a la mesa y escribí de manera delirante, como si recibiera un dictado (Neruda, 1985, p. 55).

En las memorias de las poéticas nocturnas y sus agónicas imágenes del insomnio y del desasosiego, la muerte libera su belleza en los senderos del secreto que empieza a manifestarse en el transitar de la rueda de la fortuna; en sus giros que distraen a la razón al ser impulsados por la fuerza del corazón (Pessoa, 2018); del movimiento de la vida que no es posible sin la transformación que sugiere la muerte. Y fue en este último arcano que entendí el devenir como conjugación de la vida entre la animalidad y la humanidad que traza retornos y viajes internos para visitar las constelaciones del consciente y del inconsciente. La rueda que nos expone al tiempo que reclama su propia acción (Eclesiastés 3<sup>1</sup>):

Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar, y tiempo de curar; tiempo de destruir, y tiempo de edificar; tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endechar, y tiempo de bailar; tiempo de esparcir piedras, y tiempo de juntar piedras; tiempo de abrazar, y tiempo de abstenerse de abrazar; tiempo de buscar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de desechar; tiempo de romper, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar; tiempo de amar, y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra, y tiempo de paz.

En la sabiduría del tiempo propicio se mueven estos ciclos como un mosaico donde el destino y las decisiones se entrecruzan; el sublime acontecer de la naturaleza se muestra como el escenario donde la inquietud humana, ante el nomadismo de la fortuna y el infortunio, habita las escenas de la tragedia y la comedia; los trazos del dolor que también grafican el sarcasmo de la risa ante «un cambio radical que ha de vivirse, un salto que ha de cumplirse» (Blanchot, 1969, p. 103). Un camino por el subterráneo oculto cuyas imágenes nos desalojan de toda interioridad «porque todo cuanto es interior se extiende afuera y adopta allí la forma de una imagen» (Blanchot, 1969, p. 20). La interioridad del río emerge a la superficie que, aun con la aparente serenidad del agua, es la expresión del incesante cambio.

En estas imágenes, todas ellas devenidas al afuera desde la interioridad de este

<sup>1</sup> <https://www.bibliacatolica.com.br/la-biblia-de-jerusalen/eclasiastes/3/>

tiempo de distancia, entendí que cada página con su símbolo había llegado en el momento justo como una carta que me hubiera estado esperando para escribir la propia. Esta es mi epístola, esta es mi humanidad poética y mi animalidad felina, donde ambas definen y disuelven lo que soy en un transitar de vidas en que «la creación es una constante rueda que gira con mayor aprendizaje y conciencia» (Neruda, 1985, p. 55); una ruleta donde la vida y la muerte se tejen en el juego del gato y el ratón, pero esta vez es el ratón el que quiere atrapar al gato. Pero el gato tiene siete vidas, las mismas que tiene la poesía: «la poesía no ha muerto. Tiene las siete vidas del gato. La molestan, la arrastran por la calle, la escupen y la befan, la limitan para ahogarla, la destierran, la encarcelan, le dan cuatro tiros y sale de todos estos episodios con la cara lavada y una sonrisa de arroz» (Neruda, 1985, p. 149).

Deseo que esta sea la sonrisa con la cual podamos declararnos guerreros de este tiempo; caminantes de la adversidad y artesanos de la esperanza; que seamos la sonrisa que expone el arcano de la inspiración en la armonía de la templanza y en el soporte de la humildad, donde «hemos mantenido vivas el hambre y sed de saber y comprender, propias de nuestra infancia, y ellas nos llevan a preguntar cosas que no preguntan ya las gentes maduras de la civilización contemporánea» (Anónimo, 2010, p. 434). La humildad que nos permite recibir una imagen, un mensaje, una señal, un lenguaje que trasciende nuestra razón porque:

*Los dibujos de las cartas del Tarot cuentan una historia simbólica. Como nuestros sueños, nos llegan desde más allá del nivel de la consciencia y están lejos de ser comprendidos por nuestra inteligencia. Parece apropiado pues, colocarnos ante estas cartas como si se tratara de algo que se nos hubiera aparecido en sueños y nos hablara de un país lejano y habitado por desconocidos (Nichols, 1988, p. 13).*

En ese territorio onírico, aunque nos hagamos a la idea de que se trata de un país lejano y con seres que desconocemos, vale la pena que pensemos en el mundo del ser humano; que podamos comprendernos en «*el sufrimiento debajo de los techos, sobre las calles, en todas las estaciones, en las ciudades y en el campo*» (Neruda, 1985, p. 160). Que nos podamos sentir como una familia humana ante las mismas espadas de la muerte: espadas de la injusticia, la indignidad, la esclavitud; las espadas del virus de la indiferencia, portado por una reina que persigue para tumbar cabezas o, tal vez, para derrumbar el imperio de la razón como verdadera huerta de la indiferencia que nos impulsa a desatender el misterio y profundizarnos en un agobio superior al de aquellos que cargan con sus abrumadoras quimeras (Baudelaire, 2018); espadas que nos desangran en un dolor y unas preguntas que no tienen una carta de respuestas, tan solo un camino para que este viaje nos permita encumbrarnos juntos hacia las al-

tas montañas que nos aproximan a las estrellas; transitar unidos por valles abriendo nuevos rumbos y cruzar los ríos hasta llegar a la otra orilla. Celebrar este viaje abriendo nuestros corazones al amor incondicional en las estrofas de las más bellas melodías; esas que producen «en el alma una embriaguez parecida a la de un narcótico que [n]os sumerge en un estado de somnolencia y de deseo» (Nietzsche, 1982, p. 73); esas melodías que despiden lo conocido del pasado y lo predecible del futuro para encarar el presente y su materia energética de posibilidades en la amplitud cuántica, es decir, en el campo invisible que nos permite descubrir la más elevada armonía de la transformación de la materia, como afirmó Heráclito: «La armonía invisible vale más que la visible» (Egers & Juliá, 1994, p. 387), porque en ella conectamos la intención con la emoción y, de esta manera, nos hacemos conscientes de la vida y sus demencias; de la belleza que también se gesta en lo siniestro, y de lo siniestro que le cede lugar a la belleza:

*Entonces el espacio se hace grande, profundo y permanente. Estamos ya de pie sobre la tierra. Queremos entrar en la posesión infinita de cuanto existe. No buscamos el misterio, somos el misterio. Mi poesía comienza a ser parte material de un ambiente infinitamente espacial, de un ambiente a la vez submarino y subterráneo, a entrar por galerías de vegetación extraordinaria, a conversar a pleno día con fantasmas solares, a explorar la cavidad del mineral escondido en el secreto de la tierra, a determinar las relaciones olvidadas del otoño y del hombre. La atmósfera se oscurece y la aclaran a veces relámpagos recargados de fosforescencia y de terror; una nueva construcción lejos de las palabras más evidentes, más gastadas, aparece en la superficie del aire; un nuevo continente se levanta de la más secreta materia de mi poesía. En poblar estas tierras, en clasificar este reino, en tocar todas sus orillas misteriosas, en apaciguar su espuma, en recorrer su zoología y su geográfica longitud, he pasado años oscuros, solitarios y remotos (Neruda, 1985, p. 161).*

Entonces, hemos de poder pasar por la eternidad del tiempo que graba, en la misma eternidad del espacio, distancias y presencias que nos dan un lugar en la tierra, tal vez como huella, tal vez como memoria; un lugar en el cual también somos parte de esas realidades infinitas contenidas en relatos que otros podrán tener como posesión en su propio misterio. Nuestras palabras tejerán esa infinita espacialidad entre los murmullos placentarios que vuelven a ser el origen de llantos y sonrisas que componen una nueva epístola; una página más en este fascinante libro de arena de Borges (1975) que es la naturaleza con todas sus voces y silencios, sus montañas, piedras y ríos; sus duendes, ángeles, fantasmas y brujas; todos sus guardianes y secretos; sus hadas y revelaciones; las tempestades, la noche, el amanecer; la secuencia eterna de fenómenos siempre asombrosos en su belleza e inasibles en su significado y, aun así, poder escribir,

leer, encontrarnos esa carta que parece ser una nueva prueba de Edipo ante el enigma.

### **Bibliografía**

Anónimo. (2010). *Los arcanos mayores del TAROT*. Traducción: J. López de Castro.

Barcelona: Herder Editorial.

Biblia.

Baudelaire, C. (2018). *Cada cual, con su quimera*.

Blanchot, M. (1969). *El libro que vendrá*. Venezuela: Monte Ávila.

Blanchot, M. (1997). *El pensamiento del afuera*.

Borges, J. (1975). *El libro de arena*. En el Libro de arena. Buenos Aires: Alianza Emecé.

Carroll, L. (2016). *Alicia en el país de las maravillas*. Zaragoza: Editorial Luis Vives.

Egers, C. & E. Juliá, V. (1994). *Los filósofos presocráticos*. Madrid: Editorial Gredos.

Foucault, M. (1997). *El pensamiento del afuera*. Pre-Textos.

Neruda, P. (1985). *Confieso que he vivido I*. Bogotá: Seix Barral.

Nietzsche, F. (1982). *El viajero y su sombra*. Medellín: Editorial Bedout.

Nichols, S. (1988). *Jung y el Tarot. Un viaje arquetípico*. España: Editorial Kairos.

Pessoa, F. (2018). *El poeta es un fingidor. Antología poética*. España: Editorial Cátedra.

Poe, E. (1977). *Cuentos-2*. Trad. y notas de Julio Cortázar. Madrid: Alianza Editorial.

Stoker, B. (2018). *Drácula*. España: Editorial Literatura Random House.

Trías, E. (2006). *Lo bello y lo siniestro*. España: Editorial Ariel.